

CAPITULO III

STUYVESSANT.—EL FIN DEL RÉGIMEN HOLANDÉS
(1648 á 1664)

Carácter de Stuyvessant.—El estado de la colonia mejora.—Rasgos étnicos de la población primitiva.—La ciudad recibe una organización municipal. La empalizada de uno de los lados de Wallstreet.—El canal.—Asalto de lobos.—Arquitectura y trajes de los primeros tiempos de la colonia.—Fiestas de Año nuevo.—Sublevación en Long-Island.—Persecución religiosa.—Toma de posesión de la Nueva Holanda por los ingleses.

El valeroso Stuyvessant había perdido una pierna en la guerra, reemplazándola por otra de madera recubierta con una plancha de plata, así que la tradición habla de una pierna de este metal.

Ninguna figura holandesa, ninguna otra figura de la época colonial ha dejado un recuerdo tan neto. Ninguna ha dejado en la historia y la tradición de Manhattan una huella tan profunda como este personaje que, con sus antojos y necesidades, fué un tirano paternal de la pequeña colonia.

Todavía hoy aparece, en cierto sentido, como el típico creador de la ciudad; y no faltan, entre los viejos de New-York, algunos que recuerdan la leyenda transmitida de padres á hijos, en la que el fantasma de Pedro Stuyvessant, el bizarro dictador, frecuentaba la ciudad que tanto amaba, y decían que por la

noche se oía el ruido que hacía la sombra de su pierna de plata, yendo y viniendo por los claustros de la iglesia de Santa María, alrededor del sitio donde fué enterrado.

Stuyvessant era un hombre de un carácter especial, una personalidad que impresionaba á todos cuantos le trataban.

En todos sus aspectos representaba fielmente su clase, la aristocracia bien educada del mundo comercial de la Holanda. Su persona reunía, cuando se le trataba á fondo, la fortaleza y la debilidad de esos ricos comerciantes que saben batirse y gobernar, que temen á Dios y aman la libertad, que llevan siempre erguida la cabeza, que entienden de justicia con sus propias luces; pero cuando estas luces se turban, la comprensión es dura y estrecha.

De una estructura atlética, con rasgos enérgicos fuertemente esculpido y de tez morena, iba siempre vestido cuidadosamente y con el lujo propio de las altas clases de su país. Había demostrado su valor en más de una batalla, y sabía unir el tacto á la firmeza en los encuentros con sus enemigos. Su carácter imperioso le hacía más apto para estar al frente de una guarnición que para gobernar una colonia de holandeses libres.

Era inevitable que un hombre como él, que quería obrar rectamente, pero que estaba lleno de prejuicios, se atrajese las antipatías y los odios de los que se hallaban bajo su dominio.

Estos sentimientos tomaron una gran intensidad cuando se decidió á obrar con la convicción de que conocía á fondo lo que llevaba entre manos.

Partía del principio inmutable de que era perjudicial conceder á los colonos la más pequeña parte del *self-*

government, que las concesiones hechas en este sentido eran puramente gratuitas, no reconocidas como derecho.

Además, siendo un hombre justo, de una honradez inflexible, no cuidaba de despertar en sus colonos el más pequeño sentimiento de adhesión hacia su persona ó al gobierno que representaba. Así que ellos no manifestaban ninguna disposición á unirse á él cuando tenía necesidad de su concurso.

Mas pronto, en la primera alocución que dirigió á los ciudadanos, descubrió su carácter. Adoptó, desde luego, el tono de un dueño absoluto, y declaróles que los gobernaría «como un padre á sus hijos». Colonos descendientes de un país donde la libertad era tradicional, y viviendo en medio de circunstancias que excitaban y desenvolvían todos los impulsos que podían orientarlos hacia la libertad, eran los menos capaces de apreciar los beneficios del mejor de los gobiernos paternos.

Cuando Stuyvessant llegó á Manhattan, el pequeño *dorpo* (1) holandés se resarcía apenas de los quebrantos causados por la guerra con los indios. No se produjeron más calamidades de este género que pudieran detener un desenvolvimiento, y puede decirse, con justicia, que habían franqueado el camino más peligroso.

Bajo Stuyvessant la Nueva Amsterdam llega á ser una ciudad colonial holandesa sólidamente establecida y deja de ser un pueblo, obra avanzada de la civilización entre los indios hostiles. Desde esta fecha, la vida holandesa toma una forma fija y definida.

Los primeros emigrantes eran, generalmente, po-

(1) Pueblo ó agrupación de viviendas, sean ó no numerosas.

bres aventureros; pero cuando se evidenció la estabilidad de la colonia, muchos de ellos pertenecían á buenas familias, entre las cuales había algunos burgueses orgullosos de sus blasones que remontaban su genealogía hasta los personajes históricos de los Países Bajos.

Los holandeses formaban la clase gobernante y la más numerosa; pero entonces, como ahora, la población estaba bastante confundida.

Habían llegado muchos ingleses, tanto de la antigua como de la nueva Inglaterra; los hugonotes franceses eran más numerosos todavía, y ellos formaban, como en todas partes, el elemento más precioso de toda emigración. Los walones eran también muy numerosos; no faltaban alemanes tampoco; y había representantes de tan diversas naciones, que se oían hablar por lo menos diez y ocho lenguas y dialectos.

Un elemento amenazador era el gran número de esclavos negros, salvajes, con aspecto grosero y bestial, que los negreros y los piratas traían de la Costa de Oro del Africa. Esta población presentaba otras diferencias que las de lenguaje y de raza.

Los europeos que llegaron á la ciudad durante los cuarenta primeros años, representan todas las gradaciones sociales del Antiguo Mundo. Entre los roturadores los había de un carácter tan dulce como no se encuentran entre los fundadores de ninguna otra colonia; y gente viciosa, tan despreciables como los peores emigrantes llegados durante el siglo último.

Muchos sirvientes, llevados de Inglaterra y de Irlanda con tendencias criminales, se escaparon de la Virginia y de la Nueva Inglaterra para venir á Manhattan, y una vez allí encontraron amigos de sus mismas nefandas cualidades.

Así existió, desde el principio, en nuestra población blanca, una clase inferior, sin recursos regulares, compuesta de malvados, y por bajo de esta clase sórdida, la de esclavos negros.

Podría preguntarse si la Nueva Amsterdam del siglo XVII alojaba mayores y más abundantes elementos poéticos que la New-York del siglo XIX.

Los contrastes bruscos y violentos en la situación social, las grandes diferencias en el valor moral y material, la variedad de la raza, del lenguaje y de la religión, todo se reunió para crear un abismo entre la vida de la Nueva Amsterdam, con su sociedad netamente aristocrática, y la vida en las ciudades de la Nueva Inglaterra, con su uniformidad en la condición social y su democracia teocrática.

La clase más alta estaba formada por los *patroons* apoyados en sus privilegios feudales y en sus vastos dominios.

Inmediatamente seguían los burgueses, comerciantes de la ciudad, poseedores de buques que iban á Europa y Africa llevando en sus bodegas pieles ó rom, marfil ó esclavos. Luego venía la masa de población, gentes con escasos recursos, que trabajaban duramente y vivían vida honrada.

Y en último término, las gentes sin hogar, mezcolanza abigarrada de débiles y de criminales destinados á padecer miseria perdurable.

La vida es dura en un país nuevo; impone una tensión penosa á los vagos y á los incapaces, mas ofrece lealmente una fortuna á todos los que merecen ser afortunados.

Esto sucede bajo Stuyvessant, en 1653, cuando la ciudad tiene ya una organización municipal con su *schout* local, un *schepeus* y los *burgomaestres*, cuyos

poderes y atribuciones correspondían á los *alderman* y jueces del país.

Los *schouts*, *schepeus* y *burgomaestres* formaban reunidos el consejo legislativo de la ciudad y actuaban en funciones judiciales y cuidaban de la ejecución de las leyes. Había también un consejo consultor.

La Nueva Amsterdam tomaba la fisonomía de una pequeña ciudad marítima holandesa, llena de originalidad y añadiendo á su medio salvaje algunos rasgos pintorescos.

Como vivían bajo una amenaza perpetua, no solamente de parte de los salvajes, sino más de parte de la Nueva Inglaterra, la ciudad tenía necesidad de defensas del lado de tierra, y estableció á través de la isla, en el emplazamiento actual de Wall Street, una fuerte y alta empalizada formada con troncos de árboles plantados, que servían de bastiones.

En el estrecho donde se encuentra hoy el canal Street, los colonos habían construido uno para reunir las aguas de las lagunas que bordeaban los dos lados de la isla.

Había un gran número de riachuelos, y sobre las orillas de uno de ellos las jóvenes tenían la costumbre de extender la ropa que lavaban. El sendero que conducía allí, es hoy la calle de Maiden-Lone.

La parte mayor de la isla Manhattan, era todavía un bosque impenetrable.

Los lobos causaban tales estragos en los rebaños que pastaban en el bosque, que se concedía una recompensa á todo el que presentase la cabeza de alguno.

El Stadthuys (Casa Ayuntamiento), gran edificio de piedra, servía de tribunal de justicia; y en él se levantaba la horca, donde los malhechores eran ejecutados.

La espaciosa y pintoresca morada de Stuyvessant, estaba construida, igualmente, de piedra. Se conocía bajo el nombre de Whitehall, y ha terminado por dar su nombre á la calle trazada en su emplazamiento.

Los más pobres habitaban cabañas en las afueras de la población; pero las casas que bordeaban las calles de la ciudad, tenían una apariencia decente, con su esqueleto de madera, con sus piñones formados de un tablero de cuadros negros y amarillos, sus techos cubiertos de tejas ó de tablas y sus puertas ornadas con llamadores de bronce bruñido.

Las tiendas donde se vendían, no solamente la especiería, quincallería y otros géneros y todas las mercancías de gran precio importadas de las ricas ciudades de Holanda, ocupaban, por lo general, los bajos de las casas.

Había una amplia iglesia, una buena escuela pública, una gran taberna con sillas y mesas macizas. Las camas estaban empotradas en las paredes, como los cajones de una cómoda.

De trecho en trecho, molinos de viento agitaban sus brazos en el aire, en tanto que lanzados en semicírculo descendían al río.

Las casas de los ricos eran originales y cómodas. Tenían los tejados en punta tan pronunciada como las de un campanario.

Un vestíbulo especial atravesaba la casa de una puerta á otra, y estaba flanqueado de cuartos á cada lado.

Todo era macizo y sólido: los lechos sostenidos por cuatro montantes, los armarios enormes, las sillas, las mesas, los taburetes, la vajilla de plata maciza, donde cada pieza valía un tesoro, y en las que estaban grabadas las armas de su dueño.

El suelo estaba alfombrado. En las paredes veíanse espejos, tapicería de cuero, grandes relojes con cuerda para ocho días y retratos de los antepasados.

En algunas casas había carruajes groseramente contruidos, arrastrados por caballos húngaros muy gordos; los jardines, cuidados con esmero, estaban llenos de arbustos, de árboles frutales, de flores en abundancia, colocadas en jardincillos perfumados, que atravesaban los senderos, bien cuidados.

Los de la clase pobre vestían: los hombres, blusas ó chaquetas de largas mangas, en forma de sacos; las mujeres, corpiño y sayas cortas.

Los *schepeus* y otros funcionarios llevaban la ropa negra oficial.

Los de la *gentry* vestían, como sus iguales del antiguo continente, muy lujosamente.

Las señoras y caballeros vestían todas las telas y de todos los colores.

Las primeras llevaban la cabellera rizada y empolvada; iban cubiertas de joyas. Su abrigo quedaba escotado por delante para dejar al descubierto sus ricos vestidos; calzaban zapatos con tacones altos. En lugar de sombreros llevaban gorras de seda.

Los largos vestidos de los caballeros estaban adornados de encajes de plata, de botones de plata, lo mismo que sus justillos de terciopelo. Llevaban calzones cortos de seda negra, y zapatos bajos, con hebillas de plata.

Amaban la vida intensa y feliz, consagrándola á la orgía frecuentemente.

La juventud era apasionada del baile, las partidas de campo y los largos paseos en trineo durante el invierno.

Tenían grandes fiestas, especialmente por Navidad y Año Nuevo. Este día, como ahora, era la gran fies-

ta de los niños, que la consagraban particularmente á Santa Claus.

Durante todo el período de Stuyvessant, no se cesó de luchar con dificultades entre los indios.

De una y otra parte se cometían muertes. Un día un burgués fué asesinado en las calles de la ciudad por un destacamento de pieles rojas. Hubo una sublevación local de un carácter feroz.

Sin embargo, usando de tacto y de energía, Stuyvessant mantuvo los salvajes en una especie de sumisión, dominó la parte feroz y provocativa de su pueblo y contuvo toda explosión grave ó susceptible de encender rencores. Entre tanto, se encontró más de una vez en la necesidad de organizar una campaña contra los pieles rojas, y sus expediciones, aunque desprovistas de interés sensacional, fueron siempre prósperas, gracias á su indomable energía.

Poniendo en ejercicio cualidades análogas, conservó el respeto entre los habitantes, siempre dispuestos á usurpaciones.

En 1655 puso término para siempre á las continuadas querellas con los suecos de la embocadura del Delaware, marchando contra ellos á la cabeza de numerosas tropas, arrasando sus fuertes y tomando definitivamente posesión del país, lo que hizo desaparecer la última probabilidad que tenían los escandinavos de fundar un Estado en tierra americana.

Una vez, los ingleses de Long-Island tramaron un plan de insurrección; Stuyvessant se apoderó inmediatamente de los jefes y del adversario de los indios, Undehill, les desterró, les condenó al encarcelamiento ó al destierro, y logró establecer una tranquilidad completa.

Desde un principio, el carácter dominante de Stuy-

vessant le puso en pugna con los colonos. Desde ciertos puntos de vista, esto fué mejor para los negocios públicos, porque así pudo domar la insolencia feudal de los *patroons*, después de haber evitado una guerra civil con el *patroon Rensselaerswyck*. Pero, en general, no hizo más que alborotar los colonos, é irritarlos hasta el punto de revolucionar la isla.

Stuyvessant luchó con obstinación, no solamente por conservar su poder de dictador, sino por dar á la sociedad una constitución aristocrática. A este fin, esforzose por introducir y afirmar como institución definitiva la división de los burgueses en dos clases: la grande y la pequeña; los derechos de los grandes burgueses eran hereditarios y conferíanseles numerosos privilegios, entre otros, el monopolio exclusivo de los empleos.

Avergonzóse de la equivocación sufrida, porque los instintos democráticos del pueblo y las tendencias de su medio le dominaron de un modo absoluto.

Personalmente se esforzó en ser justo para con todos, pero escogió sus representantes y agentes sin tener en cuenta el grado de consideración que merecían á la opinión popular. Por esto, la mayor parte de los que se mostraron más obsequiosos hacia él, resultaron ser gente agotada, tiranuelos que inspiraban á la población entera un disgusto invencible.

Hacia prisioneros á sus adversarios políticos, ó los condenaba después de un juicio en que él hacía la función de juez. Proclamaba que le parecía traición el hecho de condolerse del magistrado supremo, fuese ó no fundada esta lamentación.

El resultado natural de esta actitud fué agriar hasta la exacerbación á los ciudadanos del partido popular, que se obstinaban en obtener más libertad.

Abandonando la política de la tolerancia religiosa absoluta, persigue, no solamente á los anabaptistas y cuákeros, sino hasta á los mismos luteranos.

Al establecer por proclama los impuestos directos é indirectos, provocó una de las más enérgicas protestas contra los gravámenes no votados por los representantes.

Cuando la ciudad recibió su carta municipal, toma él bajo su cuidado nombrar el primer *schout*, los *echevins* y los *burgomaestres* que iban á entrar bajo este régimen, en vez de dejar el cuidado de elegirlos á los ciudadanos, aunque más tarde se le pudo arrancar esta concesión.

Hallábase en incesante conflicto con el consejo de «los nuevos», como se les llamaba; éstos defendían con vigor los derechos populares, y enviaban á Holanda memoria sobre memoria, para protestar contra el sistema adoptado. Los habitantes, por su parte, organizaron *meetings* y otras manifestaciones populares para acusar al autor de las injusticias que sufrían. Los colonos holandeses, en aquella ocasión, hicieron causa común con sus turbulentos vecinos los ingleses de la ciudad de Long-Island.

Stuyvessant envió contraprotestas é hizo repetidas demandas para que le mandasen más hombres y más dinero, á fin de poder poner en buen estado las fortificaciones y preparar la guarnición. Escribió á sus jefes que las defensas no serían suficientes para sostener un ataque de energía, el que sin duda debía esperarse por parte de los ingleses.

Pero el gobierno de la metrópoli no se inquietaba por la suerte de los colonos, en tanto que fueran una fuente de provechos. La provincia que estaba á cargo de Stuyvessant no era sino una más á los ojos de ellos.

Las peticiones para que la seguridad fuera mantenida acogíanlas con profunda indiferencia, y dejaba á los directores y colonos arreglar sus querellas como mejor les pareciera.

En esta situación pasáronse los años en incesantes revueltas y actos de mezquina tiranía, por una parte, y en descontentos y recriminaciones por la otra.

Era muy raro que Stuyvessant cometiese una injusticia con un particular. Su energía, su resolución, su valor como hombre de acción, fueron bastantes á mantener el orden, y, en tanto, la colonia prosperó como nunca.

Pero los hombres sometidos á su gobierno, estos hombres libres, obstinados y resueltos, en medio de su sencillez, sentíanse heridos en lo más vivo, á causa de sus maneras imperiosas y sus míseros actos de tiranía. Mostrábanse bastante fríos en su lealtad hacia un gobierno que evidentemente no se ocupaba de ellos más que en cuanto eran medios para enriquecer á los hombres que habían permanecido en la madre patria. Al sonar la hora decisiva, se mostraron apáticamente indiferentes á la ruina de la dominación holandesa.

Siempre que los ingleses y los holandeses se hacían la guerra, Nueva Amsterdam esperaba con ansiedad ver parecer la tan temida flota inglesa. Al fin, en 1664, la crisis se desencadena.

En esta época, las dos naciones encontrábanse en paz, pero esta circunstancia no impedía á los ingleses del tiempo de los Stuardos poner mano sobre una presa indefensa, como lo era Nueva Holanda.

El gobierno inglés sabía perfectamente que el país no estaba en circunstancias para resistir. El rey y sus

ministros decidieron apoderarse, por un acto violento de perfidia, y realizarlo con perfecta sangre fría. Hicieron todos sus preparativos en secreto, esforzándose por engañar á la potencia amiga que preparaba el golpe.

Stuyvessant no había cesado de implorar del gobierno de la metrópoli el envío de lo que era preciso para defender la provincia, pero sus jefes de Holanda, preocupados única y exclusivamente de las especulaciones provechosas, permanecieron sordos á sus advertencias. Se le abandonó con medios de defensa insignificantes y con una fuerza armada absolutamente insuficiente.

Gracias á la traición pérfida, una ciudad cayó en poder de los ingleses; aunquo esta victoria no sea muy honrosa para ellos.

En Setiembre de 1664, tres ó cuatro fragatas inglesas, llevando un cuerpo de ejército de algunos cientos de infantes, bajo el mando del coronel Ricardo Nicolls, aparecieron súbitamente en el puerto. En seguida fueron reforzadas por las tropas alistadas de los ingleses de Long-Island, que ya se habían insurreccionado.

Nicolls tenía una superioridad inmensa y se sabía que era hombre de resoluciones inmediatas. Pidió enseguida la rendición de la ciudad y de la provincia.

Stuyvessant hubiese querido librar batalla, no obstante la desigualdad de las fuerzas, pero los ciudadanos se negaron á apoyarle, y Nueva Amsterdam pasó á manos de los ingleses sin que se disparase un tiro en su defensa.

CAPITULO IV

NUEVA AMSTERDAM SE CONVIERTE EN NEW-YORK.—
LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA DOMINACIÓN INGLESA
(1664-1674).

La ciudad cambia de nombre.—Los ingleses establecen su dominación sobre todo el litoral.—Peligros que rodean á las fundaciones.—Gobierno de Nicolls.—Libertad religiosa.—Naturalización.—Prejuicios de raza.—Aristocracia.—Denegación del derecho á nombrar diputados.—La paz de Breda.—Administración del gobernador Lovelace.—El primer club social.—Dificultades que oponen los puritanos de Long-Island.—Prosperidades.—Caza de la ballena y pesquerías.—Primera concepción de la Bolsa de New-York.—Guerra entre Inglaterra y Holanda.—Establecimiento de diligencias.—Recuperación de New-York por los holandeses.—Administración del gobernador Colve.—Cesión de la ciudad á Inglaterra.—Nombramiento del gobernador Andros.

La expedición contra Nueva Amsterdam había sido organizada bajo el patronato del duque de York, que fué más tarde el rey Jacobo II, y la ciudad fué de nuevo bautizada en honor á él.

Todavía en nuestros días, su nombre perpetúa la memoria de aquel personaje mediocre, cruel y santurrón; su corto reinado fué el último de la innoble dinastía de los Stuardos.

Con la isla de Manhattan, toda la provincia de Nueva Holanda pasa á la dominación inglesa, y la ban-